



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Un poema recobrado de López Velarde

Autor: Sheridan, Guillermo

Forma sugerida de citar: Sheridan, G. (1988). Un poema recobrado de López Velarde. *Cuadernos Americanos*, 6(12), 211-214.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año II, Núm. 12, (noviembre-diciembre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

UN POEMA RECOBRADO DE LOPEZ VELARDE

Por *Guillermo SHERIDAN*
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS,
UNAM

DEBO A una compleja serie de casualidades y trucos del azar el poder presentar este poema hasta hoy olvidado de Ramón López Velarde: "A mi padre". El primer crédito corresponde a una sana costumbre que tenía el señor José Villalobos Franco, poeta aficionado y periodista de origen aguascalentense, contemporáneo del poeta y amigo suyo, aficionado a la quiromancia y a la grafología y que consistía en coleccionar en unos enormes álbumes aquel material literario (sobre todo poesía) que le llamaba la atención en las páginas de todo periódico o revista que caía en sus manos. En uno de ellos, solemnemente titulado "A través de la vida", se encuentra el poema en cuestión.

Villalobos Franco tuvo que haber sido un personaje curioso. Obró como *factotum* del licenciado Eduardo J. Correa, el escritor y periodista que patrocinó la aparición de López Velarde como periodista en los diarios provincianos que dirigía para la Iglesia Católica del Bajío en los años inmediatamente previos al triunfo del maderismo. Se encargaba de llevarle las cuentas y administrar sus negocios privados y, de vez en cuando, a compartir con él sus respectivos afanes literarios. Sus álbumes son fervoroso testimonio de la pasión que sentía por la poesía: encuadernados en piel, con finas guardas, Villalobos Franco acumulaba recortes periodísticos, sin discriminar muchas veces la calidad del material que incluía en estas antologías privadas. Además, los decoraba profusamente con fotografías y, dada su afición a la grafología, con manuscritos originales que también solicitaba de sus autores predilectos.

En "A través de la vida", pues, me encontré el recorte del poema. Lamentablemente, la paciencia del recopilador no llegaba al extremo de anotar ni de dónde sacaba el recorte ni la fecha en la que había aparecido, por lo cual tenemos que hacer un par de especulaciones. Como era costumbre, el poeta o dedicaba su poema

al periódico que lo publicaba, o el editor del mismo se encargaba de anexas la dedicatoria y dejar así bien sentado el carácter exclusivo de la donación. Así pues, por la dedicatoria deducimos que lo publicó *El Debate*, periódico que dirigía Correa en Aguascalientes. La fecha es otro problema: sabemos que el padre de López Velarde, el licenciado Guadalupe López Velarde, murió en Aguascalientes en noviembre de 1908, de una enfermedad de tipo gástrico que le atendió un doctor Hall y no de la temida asfixia que lo había fascinado y atemorizado desde muchos años antes y que habría de heredarle a su hijo Ramón, y que el poeta estuvo presente en el tránsito y, después, en los trámites y arreglos necesarios con relación al difunto y a su familia.

La relación entre López Velarde y su padre se antoja intensa y, por otro lado, predecible. El licenciado había sido un hombre de mala suerte a quien le había ido mal en los negocios y que había vivido abrumado por una hipocondría incansable. Su hijo, sin que resulte extraordinario, lo amaba y lo temía a un tiempo. Al parecer, López Velarde siempre se sintió incómodo, ante él, de ser poeta. Existen documentos en los que suplica a sus amigos que, si publican tal o cual colaboración, literaria o política, no olviden el seudónimo, pues le preocupa mucho la reacción de su padre ante sus escritos y teme su inconformidad. En más de una ocasión, en los años previos a la muerte del padre, declara que abandonará el ejercicio de la literatura, convencido por su padre de que un abogado poeta no tiene muchas esperanzas de triunfar en los negocios y, finalmente, llega a solicitar en ocasiones la destrucción de poemas que ha mandado en copias a sus amigos, francamente aterrizado de que vayan a caer en posesión del progenitor.

En alguno de esos documentos menciona que está escribiendo, el 27 de diciembre de 1908, "unos versos a mi papá, q.e.p.d.", por lo que supongo que el recorte en el álbum de Villalobos Franco tuvo que salir de algún número de *El Debate* publicado en las primeras semanas de enero de 1909.

Resultará evidente que no nos encontramos frente a un gran poema, pero sí ante un poema interesante dentro del tipo de trabajo que López Velarde estaba realizando en esos años (francamente influido por Nervo y por Rosado Vega). Para comenzar, hay que subrayar que se trata del único poema abiertamente autobiográfico que le conocemos. Además del padre que lo protagoniza aparecen la madre, "tu hermano el sacerdote" (Inocencio López Velarde) y los hermanos del poeta. Hay referencias precisas a circunstancias biográficas, como el regreso de la madre y los hermanos menores a Jerez después del funeral. Y, por último, hay tam-

bién mucha retórica, fuertes salidas de tono, confusión entre la ambientación y la subjetivización del asunto, etcétera.

Existen también indicios de esa voz personal y, peculiar del poeta que vendrá años más tarde. El final de la penúltima estrofa no dejará de estremecer a quienes recuerden "El sueño de los guantes negros" y el consecuente *leit-motiv* de la resucitación de la carne. También son reconocibles el trueque del vocativo en la última estrofa por la voz narrativa, procedimiento habitual en muchos de sus poemas posteriores, y las reiteraciones ("lo... triste que es la tristeza").

El investigador sabe sospechar de las obras *demasiado completas* y no oculta sus reticencias ante un poema como éste, alejado sin duda de la mejor poesía de aquel a quien estudia. Decide hacerlo público por un notorio prurito consistente en creer que la lasca puede colaborar a precisar los contornos de la estatua final. Confía, ciertamente, en que éste sea el caso y no aspira a más. He aquí el poema:

A MI PADRE

Para "El Debate"

Nunca, Señor, pensé que el verso mío,
cuando te hablara en él por vez primera
la música filial de los veinte años,
del huérfano infelice la voz fuera.

Nada valió la familiar plegaria:
moriste en plena vida, ¡y qué contraste
tocóles a los tuyos, muerto amado,
en la noche fatal que agonizaste!

Noche con paz de luna: también fuiste
noche más que ninguna tormentosa:
tus horas de martirio florecieron
en mi jardín, como sangrienta rosa.

Todo lo evoco, Padre: tus quejidos;
tus palabras postreras; la voz triste
con que te habló tu hermano el sacerdote;
la mañana de otoño en que moriste;

los cirios —compañeros de velada—;
la madre y los hermanos todos juntos;
el ataúd que sale de tu casa;
el sollozante oficio de difuntos;
y ¡oh, infinita bondad de los padres!
los ojos muertos de tu faz piadosa
que me vieron por último con lástima
en las orillas de la negra fosa.

Supe después lo enormemente triste
que es la tristeza del hogar vacío,
y lloré con la marcha de la madre
hacia tierras del norte.

Mas confío

que te he de ver, Oh Padre, para siempre
con mis pupilas de resucitado.

Aquel buen ángel que guardó el sepulcro
de Jesucristo, y que miró extasiado
la tierra redimida, y a las santas
mujeres que buscaban al amado
las consoló, verá concluir su oficio
cuando el último Adán encuentre abiertos
los eternos lugares de victoria
y no haya quién pregunte por sus muertos.